

to Narváez casi á una legua de la ciudad), y las que yo delante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban; y porque la espía que se habia escapado no llegase antes que yo, y diese mandado de mi venida, me dí la mayor priesa que pude, aunque no pude tanta, que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narvaez, ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy á punto, y velaban cada cuarto docientos hombres; é llegamos tan sin ruido, que cuando fuimos sentidos y ellos tocaron al arma, entraba yo por el patio de su aposento, en el cual estaba toda la gente aposentada y junta, y tenian tomadas tres ó cuatro torres que en él habia, y todos los demás aposentos fuertes. Y en la una de las dichas torres, donde el dicho Narvaez estaba aposentado, tenia á la escalera della hasta diez y nueve tiros de fusilería. E dimonos tanta priesa á subir la dicha torre, que no tuvieron lugar de poner fuego mas de á un tiro, el cual quiso Dios que no salió ni hizo daño ninguno. E así se subió la torre hasta donde el dicho Narvaez tenia su cama, donde él y hasta cincuenta hombres que con él estaban, pelearon con el dicho alguacil mayor y con los que con él subieron, y puesto que muchas veces le requirieron que se diese á prision por V. A., nunca quisieron, hasta que se les puso fuego, y con él se dieron. Y en tanto que el dicho alguacil mayor prendia al dicho Narvaez, yo con los que conmigo quedaron defendia la subida de la torre á la demás gente que en su socorro venia, y fice tomar toda la artillería, y me fortalecí con ella; por manera que sin muertes de hombres, mas de dos que un tiro mató, en una hora eran presos todos los que se habian de prender, y tomadas las armas á todos los demás, y ellos prometido ser obedientes á la justicia de V. M."¹

No dejó de comprender Narváez que la decantada victoria de Cortés se debió exclusivamente al oro repartido por éste, y no sin amargura decia años después "que le avian vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le avia sobornado."² En realidad, no hubo sorpresa sino para Narváez, á quien no se habia comprado, y que fué, por lo mismo, el único que peleó.

Al tratar de repartir el botín de guerra, consistente en las joyas de oro y demás objetos robados por Narváez y los suyos á los naturales de aquellas comarcas, surgieron nuevamente diferencias enojosas y gra-

1 123-24.

2 En Oviedo, III, 316.¹

ves altercados, á causa de que Cortés no quiso dar nada á su propia gente, y antes bien todo lo regalaba á los de Narváez, "porque, como son muchos, y nosotros pocos (decía Díaz del Castillo), no se levanten contra él y contra nosotros, y le matasen."¹

"Sucedió en esto..... que iendo en el Exercito de Narvaez vn Negro con Viruelas, como el Lugar de Cempoala era mui grande, i de mucha Gente, i las Casas de los Indios tan pequeñas, que vivian mui apretados, fueron las Viruelas pegandose con los Indios, de manera, que asi por no curarse, como porque vsando ellos de labarse cada dia en salud, lo hacian con el mal, que los abrasaba, ayudado del calor de la Tierra, cosa tan contraria por tal cura: i asi murieron infinitos, no ayudando poco la falta que hacian las Mugerres, que por la enfermedad no podian moler el Maíz, i cocer el Pan. Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el Aire, i se temió de gran pestilencia. Este mal de las Viruelas se estendió por toda Nueva España, i causó increíble mortandad: i era cosa notable vér á los Indios, que se salvaron, desfigurados en las manos, i rostros, con los hoios de las Viruelas, por causa de rascarse."²

"Segun decian los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocian, lavábanse muchas veces."³ Motolinia afirma lo mismo: "fué entre ellos (dice) tan grande enfermedad y pestilencia en toda la tierra, que en las mas provincias murió mas de la mitad de la gente y en otras poco menos; porque como los Indios no sabian el remedio para las viruelas, antes como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos, el bañarse á menudo, y como no lo dejasen de hacer morian como chinchas á montones. Murieron tambien muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podian curar los unos á los otros, ni habia quien les diese pan ni otra cosa ninguna. Y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa; y porque no podian enterrar tantos como morian, para remediar el mal olor que salia de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima, de manera que su casa era su sepultura. A esta enfermedad llamaron los Indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrian de tal manera que parecian leprosos, y hoy dia (1541) en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos."⁴

1 127.²

2 Herrera, II, 257².

3 Díaz del Castillo, 127.²

4 15.

No tan sólo no alarmó á Cortés la pestilencia que tan innumerables víctimas hacía entre los naturales, sino que, podemos pensar, le produjo cierta satisfacción, supuesto que venía á ayudarle en su obra de exterminio: mientras más naturales matase la peste, menos tendría él que asesinar después para adueñarse de la tierra. Así nos explicamos que, sin hacer la más leve alusión á la plaga que acababa con las poblaciones indígenas, y antes bien tratando de ocultarla, precisamente porque era su auxiliar, nos diga: "Dos dias despues de preso el dicho Narvaez, porque en aquella ciudad no se podia sostener tanta gente junta, mayormente que ya estaba casi destruida, porque los que con el dicho Narvaez en ella estaban la habian robado, y los vecinos della estaban ausentes y sus casas solas, despaché dos capitanes con cada docientos hombres, el uno para que fuese á hacer..... (un) pueblo en el puerto de Cucicacalco..... y el otro á aquel rio que los navíos de Francisco de Garay dijeron que habian visto, porque ya yo le tenia seguro. E asimismo envié otros docientos hombres á la villa de la Veracruz, donde fice que los navíos que el dicho Narvaez traia viniesen. E con la gente demás me quedé en la dicha ciudad..... E despaché un mensajero á la ciudad de Tenuxtitan, y con él hice saber á los españoles que allí habia dejado, lo que me habia sucedido. El cual dicho mensajero volvió de ahí á doce dias, y me trujo cartas del alcalde que allí habia quedado, en que me hacia saber cómo los indios les habian combatido la fortaleza por todas las partes della, y puéstola fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habian visto en mucho trabajo y peligro, y todavia los mataran, si el dicho Mutezuma no mandara cesar la guerra..... y que por amor de Dios los socorriese á mucha priesa. E vista la necesidad en que estos españoles estaban, y que si no los socorria, demás de los matar los indios, y perderse todo el oro y plata y joyas que en la tierra se habian habido..... se perdía la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y á quien todos obedecian. Y luego despaché mensajeros á los capitanes que habia enviado con la gente, haciéndoles saber lo que me habian escrito de la gran ciudad para que luego, donde quiera que los alcanzasen, volviesen, y por el camino mas cercano se fuesen á la provincia de Tlascaltecal, donde yo con la gente estaba en compañía, y con toda la artillería que pude y con setenta de caballo me fuí á juntar con ellos, y allí juntos y hecho alarde, se hallaron los dichos setenta de caballo y quinientos peones. E con ellos á mayor

priesa que pude me partí para la dicha ciudad, y en todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Mutezuma, como antes lo solian facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despo-blada; de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado, eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algun paso ó parte donde ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí. E con este temor fuí al mejor recaudo que pude, fasta que llegué á la ciudad de Testuco, que.... está en la costa de aquella gran laguna."¹

§ 11. PEDRO DE ALVARADO.

Digamos por qué se habían levantado en armas los mexicanos.

Poco antes de que partiese Cortés de México á atacar á Narváez, Motecuhzoma le "pidio licencia para fazer una fiesta grande que cada año solian fazer e..... Cortes se la dio."² Llegado el día de "la fiesta tan celebrada de los mexicanos llamada Toxcatl, que caía siempre por Pascua de Resurrección (20 de mayo)..... se hizo un solemne mitote y danza en el patio del templo mayor, en donde se juntaron todos los de la nobleza mexicana, cargados y adornados con todas las joyas de oro, pedrería y otras riquezas que tenían."³ Hay que advertir que los mexicanos, antes de celebrar su fiesta, obtuvieron también permiso de Alvarado, "con condicion, que ni llevasen Armas, ni sacrificasen á nadie."⁴

Ahora bien, sea que Alvarado obrara por inspiración propia, sea que Cortés hubiese maquinado ejecutar en Tenochtitlan una matanza igual á la que él mismo dirigió en Cholula, á fin de que, muertos los señores y principales del imperio, la conquista fuese más fácil, y por esto "se lo dejó mandado (á Alvarado) antes que se fuese;"⁵ el caso es que, con motivo de aquella fiesta, la nobleza mexicana fué víctima de una de las carnicerías más inhumanas llevadas al cabo en América por los españoles.

Reunidos pues los señores y principales mexicanos en el gran templo, Alvarado salió de su cuartel con la mitad de los suyos, dejando la

1 125-27.

2 Proceso de Alvarado, 36.

3 Ixtlilxochitl, II, 393.

4 Herrera, II, 263².

5 Fragmentos, 144.

otra mitad, dícenos uno de los propios asesinos, "en la fortaleza en guarda del dicho Motunzuma e mando a los que quedavan que en escomensando el a matar los questavan baylando en la mesquita mayor que matasen a todos los questavan con el dicho Motunzuma queran muchos señores e personas prencipales que contyno le hazian palacio."¹

"Como el gran patio del ídolo Vitzilupuchtli [dios de los mexicanos] (escribe el P. Sahagún) estuviese lleno de gente principal, y de sacerdotes y soldados, y otra gente en gran número, todos ocupados en los cantares idolátricos de aquel su ídolo á quien hacian fiesta; los españoles salieron de repente todos puestos á punto de guerra, y tomaron las puertas del patio para que nadie pudiese salir, y entraron armados; pusiéronse junto á las paredes del patio por todo el interior dél. Los indios pensaban que iban á mirar la manera de su danzar y tañir, bailar y cantar, y procedieron en su fiesta y cantares de manera de danza y solemnidad."² Agrega Vázquez de Tapia "questavan baylando obra de trezientos o quatrozientos yndios que todos los mas eran señores baylando asidos por las manos e mas de otros dos o tres mill asentados por allí mirandolos;"³ "desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas."⁴

"Estando los pobres (mexicanos) muy descuidados, desarmados y sin rezelo de guerra, movidos los españoles de no sé que antojo [ó como algunos dizen] por cobdicia de las riquezas de los atavíos, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados Mexicanos, y entrando otros al mismo patio, comenzaron á alancear y herir cruelmente aquella pobre gente, y lo primero que hizieron fué cortar las manos y las cabezas á los tañedores, y luego comenzaron á cortar sin ninguna piedad, en aquella pobre gente cabezas, piernas y brazos, y á desbarrigar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caian luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudian á las puertas para salir de allí, los mataban los que guardaban las puertas; algunos saltaron las paredes del patio, y otros se subieron al templo, y otros no hallando otro re-

1 Bernardino Vázquez de Tapia, en Proceso de Alvarado, 37.
2 Relación, 100.
3 En Proceso de Alvarado, 37.
4 Gomara, 363²

medio echábanse entre los cuerpos muertos, y se fingian ya difuntos, y desta manera escaparon algunos; fué tan grande el derramamiento de sangre, que corria arroyos por el patio. Y no contentos con esto los españoles andaban á buscar los que se subieron al templo y los que se habian escondido entre los muertos, matando á quantos podian haber á las manos. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver assí tratar la flor de la nobleza Mexicana que allí falleció casi toda."¹

Gomara asegura que asistieron á la fiesta "mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores..... (advierde que hubo personas que afirmaron que aquéllos todos fueron) mas de mil..... (y agrega que Alvarado) sin duelo ni piedad..... los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima."² Juan Cano, soldado de Narváez, asegura también que habían concurrido al templo "más de seyscientos (señores) desnudos, é con muchas joyas de oro y hermosos penachos é muchas piedras preciosas, é como más aderesçados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderesçar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva..... (y que los españoles les mataron) sin perdonar á uno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora."³

No terminaba aún la matanza, cuando, "salió la fama por el pueblo de lo que pasaba, (y los mexica) comenzaron á dar voces y gritos para que viniesen con armas todos los que eran para tomarlas contra los españoles, dando noticia de lo que hacian, y luego acudió mucha gente con sus armas. . . . y comenzaron á pelear con los españoles con tanta furia, que los hicieron retraer á las casas reales donde estaban aposentados."⁴ Llegado allí Alvarado, "herido de una pedrada en la cabeza. . . . corriendo sangre se fue al dicho Motunzuma e le dixo mira que me an fecho tus vasallos e el dicho Motunzuma le dixo Alvarado sy tu no lo comenzaras mis basallos no ovieran fecho eso o como vos aveys echado a perder a vosotros e a mi tambien."⁵

Una vez en su aposento los españoles, "fortaleciéronse y barrearonse lo mejor que pudieron para que los indios no pudiesen entrarles. . . . (empero, los mexicanos, luego que les vieron huir) se ocuparon en hacer las ecsequias de los que habian sido muertos eu el areito y despues

1 Códice Ramírez, 88-9.
2 363-64.
3 550¹.
4 Sahagún, Relación, 100-1.
5 Vázquez de Tapia, en Proceso de Alvarado, 38.

dél, y en esto tardaron algunos dias antes que tornasen á dar guerra á los españoles. Fué grande el llanto de los indios sobre los muertos, porque habian muerto muchas personas de cuenta, así sacerdotes como caballeros y personas de dignidad de la república, y así hicieron en diversos lugares los enterramientos, y hicieron diversas ceremonias segun la calidad de los que sepultaban."¹

Terminados los tristes funerales, volvieron impetuosamente los mexicanos sobre los españoles, mas "Motunzuma salio e dixo (habla Vázquez de Tapia) que dexasen de fazer aquello e así lo dexaron e. . . . si el dicho Motunzuma no lo apaziguara no quedara ningund español que no mataran;"² en otro lugar manifiesta el propio testigo presencial "que llevo la pelea a tanto que sy al dicho Motunzuma no lo pusieran sobre un azotea para que apasiguaran la guerra de aquella vez murieran todos los españoles."³

Díaz del Castillo asienta por su parte: "bien entendido teniamos que á Montezuma le pesó dello (que los mexicanos atacaran á Alvarado) que si le pluguiera ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Albarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra."⁴ Efectivamente, vimos ya por el mismo Cortés, que habrían perecido indefectiblemente Alvarado y los suyos, "si el dicho *Muteczuma* no mandara cesar la guerra."⁵

Obedecieron todavía ciertamente los mexicanos á su Monarca, pero sin abandonar ya su actitud hostil, toda vez que mantuvieron cercados á los españoles, como nos lo indica igualmente Cortés;⁶ "pero no les descercaron la casa por algunos dias (leemos en los Fragmentos), antes habia cada dia nuevos alborotos pidiendo su Rey, y él los aplacaba y aplacó hasta tanto que llegó Cortés de la Veracruz."⁷

Mientras, Motecuhzoma había mandado á Cempoala cuatro grandes principales para que se quejasen ante Cortés de la sanguinaria conducta de Alvarado, los cuales llegaron precisamente en los momentos en que salía para México el ejército español; "lo que dijeron llorando (dichos principales) con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro

1 Sahagún, Relación, 103.

2 En Proceso de Alvarado, 38.

3 Proceso de Cortés, I, 41.

4 128².

5 126.

6 Loc. cit.

7 143.

de Albarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y *sin causa ninguna* dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Albarado, é que mató é irió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Albarado; y Cortés les respondió á los mensajeros algo desabrido, é que él iria á Méjico y pornia remedio en todo; y así, fueron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y dicen la sintió por muy mala y hubo enojo della."¹

Cuenta Cortés, sin duda para atenuar su descalabro ulterior, que únicamente llevaba consigo "setenta de caballo y quinientos peones."² Díaz del Castillo nos hace saber sin embargo que venían con Cortés "sobre mil y trecientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros. . . . y demás desto (agrega), en Tlascala nos dieron los caciques dos mil hombres, indios de guerra."³ Cuál haya sido el verdadero número de estos últimos, no es posible averiguarlo, dado el prurito de los cronistas españoles de omitir ó disminuir la ayuda de los aliados indígenas. Consta sí, por la Información de Tlaxcala, que "fué con. . . . (Cortés) gran cantidad de gente de guerra (de Tlaxcala) á la dicha ciudad de México,"⁴ y que asimismo le acompañaban "otros Indios Amigos."⁵

Con tan respetable ejército de indígenas y de castellanos entró Cortés á Tetzoco el 22 de junio. Al siguiente día continuó su marcha hacia México, adonde entró el día de San Juan, "casi á mediodía."⁶

Los mexicanos no impidieron á Cortés que entrase á la ciudad; escribe Henrico Martínez: vsabā los Indios en la guerra descansar de cada quatro dias vno, y assi aguardó el Marques á entrar en Mexico en tiempo que estuviessen los Indios descansando, aunque otros dizē que los indios dexaron entrar á los Españoles libremente, para despues matarlos á todos con hambre."⁷

Dado el carácter enérgico y violento de Cortés, y el resultado desas-

1 Díaz del Castillo, 128¹.

2 126.

3 128¹ y ².

4 19 y *passim*.

5 Herrera, II, 263¹.

6 Cortés, 127.

7 149.

troso que para su empresa produjo la horrenda matanza hecha por Alvarado, podría creerse que éste iría á sufrir un severo castigo. En ocasiones repetidas Cortés dió pruebas de un rigor excesivo para cuantos no obraban conforme á sus designios; recuérdese, por ejemplo, que en Veracruz "mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Carmeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada (uno)ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de misa tambien lo castigara."¹ Á pesar de todo, en el presente caso no hubo castigo alguno; mejor dicho, lo hubo, pero no para el autor del monstruoso crimen sino para el agraviado señor de las víctimas.

Manifiesta Díaz del Castillo: "como llegamos á los aposentos que solíamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar á Cortés y dalle el bien venido, y de la vitoria con Narvaez; y Cortés, como venia vitorioso, no le quiso oír, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo."² Tal era el pago muy merecido que recibía el irresoluto Monarca por haber librado de una justa muerte á los asesinos de la nobleza mexicana.

Quizá porque Cortés dejó ordenada la monstruosa carnicería, "no quiso castigar al dicho Alvarado de aquel esceso (dícenos Vázquez de Tapia) antes mostro estar enojado con el dicho Motunzuma aviendo el dado la vida al dicho Alvarado e a todos los que con el estaban."³ Corrobora nuestra suposición, el hecho de que Cortés, en la carta que escribió al monarca español con fecha 20 de octubre de 1520, no dice ni una sola palabra acerca de la horrenda matanza, no obstante que fué la causa principal del completo destrozo que sufrió el mismo Cortés, como veremos después; no tan sólo no hace éste inculpación alguna á Alvarado, sino que por el contrario manifiesta en dicha carta cómo reunido ambos el 24 de junio, "con mucho placer estuvimos aquel día y noche."⁴ Refiere el P. Sahagún que Cortés llegó hasta aprobar el crimen inaudito de Alvarado diciendo que "fué bien hecho."⁵

§ 12. ALZAMIENTO DE LOS MEXICA.

Tanto por la victoria alcanzada sobre Narvéez como por el poderoso ejército que traía consigo, ensoberbecióse Cortés extraordinariamente.

1 Díaz del Castillo, 50².

2 128².

3 En Proceso de Cortés, I, 41-2.

4 128.

5 Relación, 149.

te, y aun llegó á creer que para nada necesitaba á Motecuhzoma en lo sucesivo. Desde la matanza de la nobleza no hacían mercado los mexicanos, ni tampoco daban de comer á los españoles, cosas ambas que pusieron á Cortés, al día siguiente de su llegada, "muy triste y mohino..... (á tiempo precisamente que le mandaba rogar Motecuhzoma) le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió fué: «Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar»..... que luego mandase hacer tianguez y mercados; si no, que hará é que acontecerá."¹ "Respondió (el Monarca) que él estaba preso, i los maiores de sus Criados, que soltase el que quisiese que lo fuese á ordenar. Cortés, sin pensamiento de malicia, soltó á vn Hermano de Moteçuma, Señor de Eztapalapá (Cuitlahuac), i los Mexicanos, ni hicieron el Mercado, ni le dexaron bolver á la prision, y le eligieron por su Caudillo."²

El recado altanero de Cortés hirió tan vivamente la vanidad del Monarca acostumbrado á ser visto como un dios, que le hizo salir bruscamente de la abyección moral en que se encontraba; inspirado por su hondo despecho, comprendió al fin que nada bueno podía esperar de los hombres blancos á quienes tan servilmente se había entregado; removiendo entonces todas sus antiguas energías, tomó la resolución suprema de no ser más torpe y vil instrumento para la perdición de su patria: por esto desde luego "envio a desir a los yndios (quizá con el propio Cuitlahuac) como onbre questava descontento e desesperado de verse preso e las cosas como yvan que hisiesen lo que quisiesen e que no hiziesen quenta del."³

La tardía hora de la libertad sonaba pues. El acendrado patriotismo de los mexica podía manifestarse ya en franca explosión. ¿Quién podría contenerlo ahora? Abiertas las cortinas que retienen las aguas inquietas de una presa, desbórdanse éstas y precipítanse en corriente irresistible arrollando á su paso cuanto se les opondrá; así tenía que suceder con el pueblo mexicano: una vez desencadenadas sus justas iras, no habría fuerza alguna capaz de contenerlas.

Habiendo enviado los españoles el mismo día 25 un mensajero á Veracruz, "volvió (dícenos Cortés) dende á media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad (acaudillados por Cuitlahuac) venian de guerra, y que tenían todas las puen-

1 Díaz del Castillo, 129.²

2 Herrera, II, 264.¹

3 Vázquez de Tapia, en Proceso de Cortés, I, 42.

tes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente..... que ni las calles ni azoteas se parecían con la gente..... E yo salí fuera á ellos por dos ó tres partes, y pelearon con nosotros muy reciamente, aunque por la una parte un capitán (Diego de Ordaz) salió con docientos hombres, y antes que se pudiese recoger le mataron cuatro, y hirieron á él y á muchos de los otros; é por la parte que yo andaba me hirieron á mí y á muchos de los españoles.”¹ “este tesón en el pelear (exclama Díaz del Castillo) digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos; que tan enteros y con mas vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros..... tres ó cuatro soldados que se habían hallado en Italia..... juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron.”² “Así estuvimos peleando todo aquel día hasta que fué la noche bien cerrada.”³ Los mexicanos “mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos.”⁴

Hasta entonces conoció Cortés quiénes eran los mexicanos; éstos, escribe Mártir, “habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían á su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban á expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, á sus antiguos enemigos los tlascaltecos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones..... que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetece y por la fuerza ó con ardid procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quitado los antiguos ritos y ceremonias.”⁵

“E luego que fué de día (manifiesta Cortés), ya la gente de los enemigos nos comenzaba á combatir muy mas reciamente que el día pasado, porque estaba tanta cantidad dellos, que los artilleros no tenían

1 Cortés, 128.

2 130.²

3 Cortés, 129.

4 Díaz del Castillo, 130.²

5 III, 270-71

necesidad de puntería, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacía mucho daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas, hacían tan poca mella, que ni se parecía que lo sentían.”¹

“¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas.”²

“E viendo el gran daño que los enemigos nos hacían (dice Cortés), y cómo nos herían y mataban á su salvo, y que puesto que nosotros hacíamos daño en ellos, por ser tantos no se parecía, toda aquella noche y otro día gastamos en hacer tres ingenios de madera, y cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro, porque con las piedras que nos tiraban desde las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas, y los que iban dentro eran balletteros y escopeteros, y los demás llevaban picos y azadones y varas de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenían hechas en las calles. Y en tanto que estos artificios se hacían, no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como no salíamos fuera de la fortaleza, se querían ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con harto trabajo;”³ “no sé cómo lo diga (escribe Díaz del Castillo), los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes, y entre tanto que los adobámos y fortalecimos..... otros muchos escuadrones procuraron entrarnos los aposentos á escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podían retraer. Pues lo que decían, que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros..... (pasando luego de las amenazas á las súplicas) muy afectuosamente decían que les diésemos su gran señor Montezuma.”⁴

§ 13. MUERTE DE MOTECUHZOMA.

De buena gana Cortés habría puesto en libertad á Motecuhzoma pa-

1 Cortés, 129.

2 Mártir, III, 276.

3 Cortés, 129.

4 130-31.

ra calmar á los mexicanos y salir de la situación desesperada en que se encontraba, si para entonces no hubiese hecho matar al desdichado Monarca.

Tuvo que saber Cortés que Motecuhzoma había enviado un recado á sus súbditos, permitiéndoles que hicieran lo que quisiesen. En todo caso, no ignoraba Cortés que los indígenas de América, y muy especialmente los mexicanos, nada hacían contra la voluntad de su señor; hemos visto, por ejemplo, que al volver Cortés á México pensó en seguida, sin vacilación alguna, que si los mexicanos no daban de comer á los españoles ni tampoco abrían su mercado, era porque así se los ordenaba Motecuhzoma: por fuerza pues debía colegir ahora, aun ignorando el recado susodicho, que el levantamiento de los mexicanos obedecía á alguna indicación de Motecuhzoma. ¿Necesitaba más el matador de Pedro Escudero y de Cuauhpopoca para hacer perecer también al rey de México que ya de nada le servía, y aun se manifestaba hostil? Evidentemente que no. El Códice Ramírez asienta que Motecuhzoma fué "muerto á puñaladas..... (por) los españoles;"¹ igual aseveración hacen el P. Acosta² y el P. Durán, agregando éste que el Monarca tenía "cinco puñaladas en el pecho."³ Chimalpain escribe que "los españoles mataron á Moteuhcçomatzin estrangulándole,"⁴ y en los Fragmentos se dice que "porque no le viesen herida le habian metido una espada por la parte baja."⁵ El P. Sahagún se limita á manifestar que los españoles "mataron á Mochteuzoma,"⁶ y otro tanto hace Juan Botero Benés.⁷

Como vamos á ver, el asesinato se verificó en la madrugada del día 27, precisamente cuando ocupados los españoles en la construcción de los ingenios de guerra, permanecían dentro del cuartel sin poder salir fuera á desahogar sus comprimidos sentimientos de salvaje violencia.

Entretanto, los mexicanos, ignorantes de la muerte de su señor, perseveraban con arrojo creciente en su asalto al fuerte español, y no depusieron sus temibles bríos sino momentáneamente para pedir con palabras amorosas se les entregara á su rey; "pensando que todos (los es-

1 91.

2 II, 342-43.

3 II, 50.

4 191.

5 144-45.

6 Relación, 135.

7 I, fol. 138 vta.

pañoles) estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron."¹ Era tan formidable el ataque de los mexicanos, que Cortés y los suyos creyeron necesario conferenciar con los indios aliados á fin de hallar una medida salvadora; sin duda alguna recordó entonces el capitán perspicaz que en circunstancias análogas Alvarado y su gente debieron la vida á la presencia de Motecuhzoma ante su pueblo. Ciertamente que el Monarca acababa de ser asesinado, pero esto no importaba: ya en otra ocasión, durante el siglo XI, los castellanos habían recurrido á un cadáver, el del Cid Campeador, poniéndole

"Una tabla en las espaldas,
Y otra delante del pecho"²

para escapar de los moros en Valencia. ¿Por qué no acogerse hoy asimismo de un cadáver? De cualquier modo que sea, sabemos que en la conferencia susodicha, Cortés y los suyos determinaron subir á la azotea á Motecuhzoma, y obligar á uno de los señores presos, á Itzquauhtzin, rey de Tlaltelolco, á que rogara á los mexicanos, en nombre de su Monarca, suspendieran sus ataques furibundos. Con el objeto de que los sitiadores no se dieran cuenta del engaño, cuidaron los españoles, al presentar en la azotea á Motecuhzoma, de cubrirle con una rodela, tan bien, que los mexicanos "ni lo vieron (dice Gomara),"³ ni tampoco llegaron á "creer que allí estaba (agrega un testigo presencial)."⁴ Fué entonces cuando "comenzó á hablar Itzquauhtzin en persona de Mochteuzoma para que mirasen lo que hacian, porque su señor que estaba allí presente les rogaba que no curasen de pelear porque no les iria bien dello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrian prevalecer contra ellos, y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temia que ellos le matarian;"⁵ "apenas habia acabado (de hablar Itzquauhtzin), quando un animoso capitán llamado Quauhtemoc de edad de diez y ocho años que ya le querian elegir por Rey dijo en alta voz: «¿Qué es lo que dize ese bellaco

1 Gomara, 365.²

2 Romancero, I, 570.¹

3 365.²

4 Juan Cano, 550.²

5 Sahagún, Relación, 104.